

BEST SELLER



Susana Pérez-Alonso, escritora y ama de casa asturiana, es autora de los siguientes títulos: *Nada te turbe*, *Nunca miras mis manos*, *Mandarina*, *Cuentos de hombres* y *En mi soledad estoy*, así como del volumen recopilatorio *De la ternura, la impostura y el sexo*. Parte de los ingresos que obtiene por la venta de sus obras van a parar a obras benéficas.

Para saber más cosas sobre ella, consulta estas páginas web:

www.susaparezalonso.com <<http://www.susaparezalonso.com>>

www.ginebrareina.com <<http://www.ginebrareina.com>>

www.daviniatruman.com

Biblioteca

SUSANA PÉREZ-ALONSO

La vida es corta pero ancha

Diseño de la portada: Departamento de diseño de Random House Mondadori

Ilustración de la portada: Purificación Hernández

Primera edición en DeBOLS!LLO: abril, 2007

© 2005, Susana Pérez-Alonso

© 2005, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8346-310-9 (vol. 518/6)

Depósito legal: B. 11.579-2007

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Novoprint, S. A.

Energia, 53. Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

P 8 6 3 1 0 9

Índice

Dedicatorias, desacatos e incorrecciones políticas	9
Relación de personajes	17

HAY OTROS MUNDOS...

Margarita, está linda la mar	21
Yo soy aquel	31
Amor más allá de la muerte	60
Vas fer tard al teu temps	76
La canción del pirata	129

... PERO ESTÁN EN ÉSTE

Espero curarme de ti	151
Devuélveme el rosario de mi madre	172
Entreme donde no supe y quedeme no sabiendo	189
Una ilusión, una sombra, una ficción	245
El alma en el ojal de la solapa	282
En el nombre de España, paz. En el mío: venganza	326
Para otros la aventura, los fastos y la gloria	252
Discurs del mètode	367

Dedicatorias, desacatos e incorrecciones políticas (haciendo amigos una vez más...)

A Manuel Fernández Cuesta, por acariciarme con las pestañas. Manu, esto me va a traer un montón de problemas. Se desatarán las lenguas y terminaré deprimida. Todo sea por tus ojos, por tus miradas, por tus caricias en el alma.

A Juan Díaz, por aguantarme y casi quererme.

A las personas que están en el Proyecto Hombre, luchando por regresar a la vida sin ataduras.

A mis amigos, que soportan mis neuras con resignación. A quienes me quieren o me han querido. A quienes me han hecho feliz o me han hecho llorar: ambos me han hecho sentir. Del sentimiento, yo he sacado conocimiento.

Y no es sencillo hacerme sentir.

A los que me animaron a escribir, a los que me decían que podía lograrlo, que algún día editaría. A mis tías, Clara y Ángeles, que me ayudaron a superar mi dislexia con paciencia infinita. A mi hermana Rosa, que apoyó cada libro como si le fuese la vida en ello. A Sylvia de Béjar, por ser mi amiga. Marcos Alonso ya no verá la novela en las librerías, pero yo lo veré a él cada vez que me encuentre con una buena persona. Mejor no existió. A Rafael González Crespo y Luchi. Espero que Usía sonría al leer la novela y que no llame al orden, gracias por ser un buen militar. Abelardo, a ti, que me ayudaste a superar uno de los peores años de mi vida. Sin el doctor Román esta nove-

la no se habría terminado. La salud sólo la aprecian quienes carecen de ella.

A Sandra Reyes Rojas, mi amiga, a su descripción del síndrome del nido vacío. A Marisa González Pastor: te has ido demasiado pronto. A Charo Mallo Carranza, Araceli Peña, mis amigas desde hace tantos años. Sin amigos así, el mundo es feo. A Belén de Polanco, la única persona del mundo literario que me hizo caso, que peleó por mí, que no colgó el teléfono ni se puso pija ni interesante. Hacerme caso ahora no tiene mérito, el porcentaje es sustancioso. A Antonio Gómez Rufo, buen escritor y mejor persona; gracias por ser mi amigo. A Georgina Burgos y Marina Olid, finalistas de la Sonrisa Vertical del año 2000. A vosotras, que nunca os han sacado en los periódicos ni en las teles. A vosotras, que escribisteis dos magníficas obras y no lo dice nadie. A vosotras, que pasasteis junto a mí aquella mala noche, aquel susto, aquellos desplantes, aquella falta de todo. Educación, faltó principalmente.

A quienes están pasando por malos tragos. A los que sufren la enfermedad, a los que tienen miedo a la quimioterapia, a los que están en la cama de un hospital, a los padres de los niños enfermos. De casi todo se sale y la risa es la mejor de las terapias.

A Ximena y a mí misma, que hemos logrado sobrevivir a las cosas buenas y malas de este mundo y a nuestra propia vida.

No ha sido fácil, nada fácil...

Seguro que en algún momento de su vida, usted, lector, ha querido cambiarla. Los jueces pueden querer ser agricultores; los agricultores, astronautas; electricistas convertidos en estrellas de la canción... Tunearse es posible.

Todos tenemos un sueño. Hay un momento vital en el que decimos: ¿por qué no? La esperanza de doblar una esquina y pensar que todo puede cambiar a mejor es una de las cosas que nos mantienen vivos.

Sin eso y la capacidad de sorpresa nos convertimos en zombis.

Ésta es la historia de personas que quisieron cambiar su vida. Una arrastró al resto, como casi siempre suele suceder.

Para bien o para mal, pero ése no es el tema.

La protagonista de la historia, una de ellas, quiso ser escritora. Pensaba —la incauta— que escribir era un oficio noble, romántico, lleno de valores de los que carecía la sociedad normal. Un oficio sin dobleces, descansado, cómodo. Un oficio en el que las páginas de un libro serían armas mortíferas, capaces de cambiar el mundo. Pensaba —la ingenua— que la palabra era un arma cargada de futuro. Blas de Otero le había hecho flaco favor...

Por pensar —la muy idiota—, pensaba que los concursos literarios eran algo limpio, transparente, que ganaba el mejor libro, la mejor historia... Nunca había escuchado, visto ni soñado un contrato precurso. Cuando lo vio, a poco se muere y eso la ayudó a superarse en el insulto y la marginación, la suya propia.

La fantasía suele jugar malas pasadas, aun en los cambios vitales relacionados con la literatura.

Lo que se encontró pueden leerlo en las páginas siguientes. Y cualquier parecido con la realidad, ¿es pura coincidencia? La jungla, la selva... Serpientes, alacranes, mantis religiosas. Y, desde luego, Lorca. Este mundo editorial es lorquiano: *La casa de Bernarda Alba* está muy presente y Pepe el Romano, ídem.

Este libro lo dedico a los jóvenes que comienzan a escribir, para que no se desanimen, para que continúen, para que peleen, para que luchen contra los muros y trabas que se van a encontrar en su camino hasta llegar a las estanterías de los librereros y grandes almacenes.

Este libro lo dedico —sin ningún afecto— a determinados agentes literarios que se creen amos de vidas y haciendas intelectuales; a los autores que, por juntar cinco frases, se creen dioses del Parnaso y desprecian al mundo entero; a los editores que se retuercen al caminar, que son de Badajoz y se empeci-

nan en hablar inglés con acento de Mérida, llenos de una vanidad incomprensible, sin llegar a entender que el rey, el Dios, de esta historia de la literatura son los autores. Autores que se dejan las pestañas, la vista y parte de su vida ante la pantalla del ordenador o las teclas de una máquina de escribir.

Los autores y su público son los héroes de esta odisea.

Escribo recordando a quienes lo hacen mil veces mejor que yo pero no han tenido la misma suerte.

La industria editorial es un negocio: de eso no me queda duda, pero hasta en los negocios existe la palabra humanidad. En este mundo literario, esa palabra la he añorado muchas veces.

A Luis, a la librería Maribel de Oviedo, un pequeño cofre de tesoros literarios que resiste el envite de las grandes superficies. Él fue la primera persona que dijo: «Esto hay que publicarlo, y si no lo hace una editorial, pago yo la edición». Gracias, de corazón. Eso es un librero.

Escribo —a modo de aclaración necesaria— que se puede escribir y publicar sin necesidad de rodilleras, ya me entienden. Que quienes eligen esos atajos suelen tener carreras cortas y añaden a la vileza, la idiotez: al final no compensa. Dedico el libro a Corín Tellado, a las mujeres que la leyeron y la leen; a Marcial Lafuente Estefanía; a José Mallorquí; dedico el libro a César de Echagüe y Acevedo, *El Coyote*. Hay personajes que, si no existieron, merecerían ser ciertos, existir. Mallorquí publicó en español la obra de Lovecraft, Howard, Bloch, Cummings, Derleth o Hamilton en su revista *Narraciones terroríficas*: de eso parece no querer acordarse nadie. Dedico el libro a Ramón J. Sender, al que ni siquiera se estudia en los libros de texto, uno de los grandes olvidados de la literatura española. Se estudia lo foráneo, mientras se desprecia lo propio. Se lee lo que no hay quien entienda y se desprecia la belleza de lo llamado simple. Calderón, Lope... no necesitan de diccionario. A Hamlet, dedico el libro a las almas rotas que Hamlet representa, a los que padecen dolor de alma, el peor de los dolores.

A Shakespeare, que permanecerá por los siglos de los siglos en nuestras mentes. Nadie como él retrató al ser humano. A Guillermo el Travieso, a la intrépida Richmal Crompton, su creadora. Todos queremos ser Guillermo en algún momento del día, al menos, yo quiero ser como él. A Guillermo, los niños no lo estudian y deberían hacerlo; aprenderían mucho más que con los videojuegos.

Al parecer, está de actualidad ir de culto y no saber nada. Lo vacuo, lo estúpido, lo chulesco está de moda.

Se escribe lo que se ve. Se escribe lo que se vive o cómo se imagina uno que lo viviría. Se escribe lo que se siente.

El que se preocupa de rellenar páginas para ser un consagrado por la crítica, no sé si es escritor, pero sé que en casi todas esas ocasiones, es un fraude: a pocos importa lo que escribe quien escribe para ser Dios y no para disfrutar y hacer que los demás disfruten...

La novela es novela, no un ensayo.

La novela es novela, no un diario...

Y dedico este libro a **LAS MUJERES**, ¡con mayúscula y negrita! A las grandes olvidadas en cualquier faceta de la vida, artística o no. Y al estar jarta, más que jarta de que siempre me pregunten por la literatura femenina, pues vamos a ello: esto es literatura femenina, porque lo escribo yo que soy mujer y me cuesta el doble triunfar que a un compañero del género masculino. Se me supone medio lela, se me supone «cortita» e incapaz de escribir una de piratas. ¿Lo de ellos es literatura masculina y lo mío femenina? Yo creo que no, pero si se empeñan puede ser...

Cuando me siento frente al ordenador, cada mañana, he dejado la comida sobre el fuego de la cocina, haciéndose a fuego lento, cociéndose despacio, tal que un libro. Los libros se cuecen, no lo duden ustedes y, cuanto más lento es el fuego, cuantos más ingredientes naturales tenga, mejor. Cuando me siento a escribir, he llamado a mi familia para ver cómo se en-

cuentra, he mirado la despensa por si tengo que salir a la compra, he dejado puesta la lavadora, he tenido tiempo para hacer una llamada a alguien a quien quiero, he revisado la ropa de la plancha y me he ocupado de que la fruta un poco madura se convierta en mermelada. Leo los periódicos, escribo mis artículos y me pongo a escribir novelas. A cada rato me levanto a mirar cómo va el potaje.

Sí que es literatura femenina, está claro que lo es... Tiene un grado de dificultad con la que no se encuentran los hombres que escriben.

Y, por supuesto, un recuerdo a los periodistas que hacen «investigación» de la vida y milagros de los famosos. Es decir, de cualquier ser que salga en una pantalla de televisión contando cómo, cuándo y con quién se acostó. Todo, a cambio de un buen puñado de billetes. En mi pueblo, a eso se le llama puterío. En las teles, famoseo. Mientras usted y yo trabajamos para comer, mientras unos madrugan y tienen jornadas maratónicas, otros van de tele en tele contando la marca que tiene fulanito en el culo, como prueba del concúbito. Otra variedad es declararse homosexual, en lugar de puta. Lo de salir del armario, por lo que se ve, les cunde mucho a algunos. Convierten lo normal en algo extraordinario... Y algunos periodistas del famoseo tienen un lugar en estas hojas: los que hablan de pobres infelices, los atacan sin piedad, los insultan y humillan, pero carecen de un par de huevos para contar la vida de quienes temen. Una, como la escritora de la historia, pensaba que periodismo se estudiaba para algo más que insultar, abroncar y humillar a seres humanos. Es asqueroso cómo tratan (de mal) a quienes salen de barrios humildes y cómo le doran la píldora a un putón de barrio alto. Más asombroso es cuando los escuchas decir que buscan la verdad, que hay que saber...

No sé a quién le importa con quién se acuesta el vecino. Al final, son famosos los habitantes de un patio de vecinos. Vecinos retorcidos, claro está. Los poetas son aburridos, ellos suelen

convertir el amor o el deseo en verso y no ponen el nombre de los protagonistas, así que carecen de interés.

La belleza por la belleza está proscrita. Está prescrita.

Si una novela no es un diario, sería biografía, una entrevista no es opinión ni insulto.

Reconozco mi imbecilidad, la reconozco...

Las personas y situaciones que aparecen en esta novela son inventadas. Por ello, cualquier parecido con la realidad no es culpa mía, lo será de las mentes mal pensantes que le pongan cara a nombres y situaciones.

Yo, La Autora
SUSANA

Relación de personajes

El lector entenderá la necesidad de la guía cuando lea la novela. Hay tantos y son tan raros, que yo —que jamás hago guión alguno— fui apuntándolos en una hoja de papel que ahora traslado aquí. La gente normal es la más complicada.

Alberto	Mendoza del Toro	marido de Sofía Llorente
Alicia	Solares Cruces	magistrada
Antonio	Piña Goloso	marido de Magdalena Alcántara
Bienvenida	Castaño Adoratrices	médico, hija del comisario
Carlos	Pudientes Solares	hijo mayor de Alicia y Jesús
Carlota	del Hierro y Lopetegui, marquesa de San Honorato	madre de Sofía
Carmen	Pudientes Solares	hija de Alicia y Jesús
Carolina	Cruces del Tenorio	madre de Alicia Solares
Castaño		comisario
Claudio	Pudientes Solares	hijo menor de Alicia y Jesús
Clotilde	del Hierro y Lopetegui	tía de Sofía
Consuelo	Adoratrices Villana	esposa del comisario Castaño
Enriqueta	Llorente del Hierro	hermana de Sofía
Farid	Abbas	ayudante del general Llorente
Fernando	Lasca Jiménez	párroco y amigo de Sofía
Gustavo	San Román	fiscal tarado
Jesús	Pudientes Prados	marido de Alicia Solares
Juan	Balboa de Valdeavellano	periodista corresponsal
Mafalda	Mendoza Llorente	hija de Sofía

Magdalena	Alcántara de Barro	amiga desgraciada que bebe
Matilde	del Hierro y Lopetegui	tía de Sofía
Sabino	Nestares Jalisco	editor mexicano
Santiago	Llorente de Echagüe	padre de Sofía, general del ejército
Sofía	Llorente del Hierro	escritora
Toribio	Nogales Memencio	catedrático de lengua
Xabel	Prado de los Picos	abogado nacionalista

HAY OTROS MUNDOS...

Margarita, está linda la mar...

La más tonta de las mujeres puede manejar a un hombre inteligente, pero es necesario que una mujer sea muy hábil para manejar a un imbécil.

RUDYARD KIPLING

—A mí, jamás me han dicho nada tan hermoso: «Margarita, está linda la mar...».

La mujer que pronunciaba las palabras lo hizo lentamente, mirando al aire, con la vista prendida en algún punto del universo femenino.

En el universo masculino, esos puntos no existen. Y de existir, suelen denominarse mariconadas.

—Tú te llamas Sofía. No tienen por qué decirte eso de Margarita. Desvarías, estás volviéndote un poco tonta. Es la literatura. Esa manía que te ha entrado de repente. Yo sólo he leído los libros de texto, los códigos y soy muy feliz, más que feliz. Un día me recomendaste un libro, *El periplo escandinavo* creo que era y por poco me vuelvo loca. Me puse a pensar, soñaba con que cubría la tierra un manto de hielo y sufrí mucho. Leer no sirve de nada. Te llena la cabeza de idioteces, de cosas inútiles. Por leer, ya no leo ni la prensa económica, sé yo más que ellos...

Otra mujer pronunció el párrafo anterior. Simplemente carecía de universo. Cosa que puede ocurrir. Hay seres que viven permanentemente en su agujero negro. Y son felices así, situación tremendamente envidiable. Los universos diferentes al propio suelen traer problemas.

Sofía Llorente miró a Alicia Solares y elevó un poco su cuerpo de la toalla. A punto de tirarle un puñado de arena a su amiga, vio cómo Enriqueta la miraba. Su hermana parecía estar pensando en hacer lo mismo. Se rieron a la vez y volvieron a la posición de cuerpo a tierra.

—Enriqueta, sería de agradecer que no te desplomases de esa manera: la playa entera se ha conmocionado. Pesas demasiado.

Enriqueta Llorente se levantó de nuevo, llenó su toalla de arena y la dejó caer encima del cuerpo de Alicia Solares que se revolvió insultando y manoteando al aire.

—Yo estaré gorda, Alicia, pero no soy imbécil como tú. Al menos, sé distinguir una poesía de Rubén Darío. «No te llamas Margarita... No te llamas Margarita...» Hay que ser tonta del bote.

Un guirigay siguió a las palabras de Enriqueta, insultos, más arena volando y más insultos.

Desde una sombrilla cercana, una voz poderosa, con *imperium*, se dejó sentir:

—¡Ya está bien! ¡No hacéis honor a la educación que se os ha dado!

—Habló el oráculo en forma de madre...

—Te he escuchado, Sofía.

—¡Yo no hice nada! Fueron ellas, Carlotita.

—Alicia, deja de llamarme Carlotita. Tú has llamado a mi hija pequeña gorda y eso lo sabemos todos, pero no debes repetirle sus vergüenzas en voz alta. Esas cosas, en casa. La intimidad ha de ser sagrada, la intimidad de las familias, los trapos sucios se han de lavar en la intimidad del hogar.

El oráculo —madre de Sofía y Enriqueta Llorente del Hierro— continuó repitiendo un discurso mil veces escuchado y mil veces jaleado por los corifeos (corifeas, en este caso, y lo defeas, rotundamente apropiado) que rodeaban su silla de playa y su sombrilla. Ese día tocaba el repaso a los programas del corazón. Nadie los veía. Todas sabían de qué habían hablado la noche anterior. ¿Telepatía? ¿Mentiras? ¿Vídeos?

Sexo, no. Eso podría asegurárselo.

Carlota del Hierro y Lopetegui, marquesa de San Honorato, era una mujer acostumbrada al mando. Esposa de general, hija de magistrado, no soportaba a nadie que pusiese en duda su palabra. Catedrática de física, una de las primeras mujeres en lograr cargo semejante, Carlota del Hierro hacía honor a su apellido. En toda circunstancia, la señora del Hierro y Lopetegui se valía de cualquier púlpito para difundir su doctrina.

Sabedores somos todos de que siempre hay quien escuche a un profeta, sea o no cierta su palabra, sea o no fluido el verbo. Siempre se encuentra a alguien más imbécil que el profeta, sea cual sea el universo que se habite.

Para poder describir esta escena, es menester explicar que todos vivimos en círculo. El mundo tiene un centro, que unos escogen y otros tan sólo aceptamos. Los radios, el área que está dentro del círculo, tienen siempre ecuaciones que los definen de manera exacta. Una de las propiedades del círculo es que cada uno de los puntos de la circunferencia están a la misma distancia del centro, por lo que cuando un punto de la circunferencia se mueve, se provoca, se produce, nace, un excéntrico.

Normalmente, al excéntrico se lo define como punto, en este caso, filipino y si se aleja mucho del centro, termina convirtiéndose en oveja, que al salirse del rebaño, recibe el nombre de oveja negra.

Comprenda el lector la necesidad de esta explicación, dado que en las líneas anteriores queda demostrada la relación entre

una oveja, un círculo, un filipino y una circunferencia. Cosa absolutamente innovadora y digna de entrar en las páginas de los libros de física y sociología.

El círculo de la escena estaba compuesto por diversos puntos: el de las madres, las hijas de esas madres, los maridos de las madres (padres de las hijas), las nietas de las madres de las hijas y los padres de las nietas —maridos de las hijas de las madres—; por los amigos, los empleados, los enemigos de todos ellos. La mezcla de estos puntos hace de los círculos un nido de pasiones infectas, sí, infectas y dignas de ser relatadas. Por eso, los escritores no escriben otra cosa que sobre círculos. Aunque ellos no lo sepan, siempre rayan con lo mismo, con variaciones, pero no se dejen engañar, al final: círculos.

Los puntos del círculo estaban diseminados por el espacio físico de una playa, pero no en el espacio universal que compone una sociedad determinada. Y así, escena tras escena. Vida tras vida.

—General, tu mujer aún conserva esa fuerza que siempre la hizo distinta...

—El lado oscuro, Paquito, el lado oscuro de la Fuerza...

El general Llorente se enganchó la tripa, mientras reía su propia broma y Paquito imitó el gesto.

Una mirada, más bien un rayo láser, atravesó la distancia entre la silla del general y la catedrática: una lucha mortal tuvo lugar a los ojos de todos los puntos del círculo.

Lord Darth Vader, Señor de Sith, maestro del lado oscuro de la Fuerza, reencarnado en Carlota, atacaba sin piedad a un viejo *jedi* que se defendía sin querer entrar en el lado oscuro. El general, como buen guerrero, era hombre de paz. Seguía los dictados del *tao*: «El buen militar no es belicoso. El buen guerrero no es irascible...».

Los rayos láser chocaban en el aire, dejaban destellos luminosos que llenaron el cielo de resplandores. Golpeaba implacable Carlota, se defendía el buen *jedi*. Resonaba una música en el aire, timbales de guerra. Aplaudían las pestañas de los que

contemplaban el combate. Las palmas estaban quietas, por si Carlota. Se habían formado dos bandos perfectamente diferenciados: las mujeres mayores, con Carlota. Los hombres, los hijos y los nietos, con el guerrero. La lucha lavaría ofensas de unos y de otros.

Siempre hay un campeón en el que nos vemos reflejados.

Entiéndase campeón en su acepción figurada. Como defensor de causa o doctrina. Un CD del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española da para mucho, como pueden comprobar en éste u otros libros. La diferencia —esencial— es que casi nadie reconocerá tener insertado en el ordenador ni el DRAE ni el María Moliner. Por supuesto, escritor alguno consulta Google ni el Espasa...

Una voz interrumpió el combate. Han Solo entró en escena.

—Papá, vamos a bañarnos.

Sofía Llorente, alias Han Solo, Garbanzo Negro, Oveja Descarriada, según el momento de la película, acudía en ayuda del bien. Las galaxias no están lejanas, al alcance de la vista las tenemos y el bien y el mal se enfrentan permanentemente ante nosotros. George Lucas se inspiró para sus películas en escenas cotidianas, no tengan dudas al respecto.

Se fueron padre e hija camino del mar y otro punto del círculo se hizo sentir.

—Tía, tu abuela da miedo. La mía, como está gagá, no nos da esos mítines.

—Yo ni la escucho, Carmen. A mí me da igual lo que digan todos. Soy autista, vivo en mi mundo, sobrevivo.

—¡Carlos también es autista! Ya dice mamá que hacéis buena pareja, Mafalda. Todo el día lo dice, opina que es buena idea que os caséis. Que unir patrimonios es lo conveniente y que tú no eres como tu madre. Que ella está como una cabra. No sé por qué son amigas, no se parecen en nada, la verdad.

—¡Cierra el pico, Claudio! ¡Tú a lo tuyo! Déjanos en paz y no te metas.

—Insúltame, Carmen, me viene bien para esto de la creación, así me siento triste y canto mejor.

—¿De qué habla, Carmen?

—Ahora canta, Mafalda. Ahora le ha dado por cantar. Se presenta a concursos de canción. Una pena. Como es el pequeño, salió raro. Mamá ya era mayor cuando lo tuvo.

—Yo voy a meterme a monje, Mafalda. Así que tranquila, no pienso casarme contigo, guapa.

—Yo no pienso ir para monja, Carlos, y tampoco tengo pensado casarme contigo...

La conversación quedó interrumpida por una nueva manifestación del lado oscuro de la Fuerza, esta vez en las dos partes. Claudio y Carmen Pudientes Solares rodaron a mandoble limpio por la arena. La princesa Leia, Mafalda Mendoza Llorente, levitó camino del mar en busca de su madre y abuelo.

—¿Lo de la literatura va en serio, Sofía?

—Sí, papá. Dentro de unos meses publico un libro, el primero. Me lo he pagado yo. Una editorial pequeña pone el nombre y yo pago la impresión. Nadie quiso publicarlo. Los editores me envían cartas en las que dicen que esos textos no entran dentro de su política editorial, que insista, que lo rehaga... A mí me gusta, así que voy a arriesgarme. He hablado con las principales librerías de provincias y me lo pondrán a la venta. Les hago gracia, me temo.

—Mientras lo vendan... Supongo que se editan demasiados libros. Ahora todo el mundo escribe, Sofía. A mí me han pedido que escriba mis memorias, las guerras de África, la Guerra Civil... No quiero recordar nada de eso, a no ser para evitar que se repita. He dicho que no. Tu madre dice que las escribe ella, que contará cómo vivió a mi lado todo eso. En África ni la conocía, así que no sé cómo se arreglará.

—Se lo inventa, abuelo, se lo inventa. Menuda es ella, la mitad de las cosas que cuenta son inventadas, ya sé de dónde le viene a mi madre esta nueva faceta: de la abuela.

Riendo, caminaron los tres puntos del círculo hasta adentrarse en el mar y el agua borró por un instante cualquier cosa que no fuese gotas de felicidad. Porque, en los círculos, se ven los puntos, pero nunca el interior de la circunferencia, que suele ser amargo, tal que una naranja nacida de un bastardo o una mandarina cuando no es de temporada.

—Tu mujer ahora va a escribir novelas, Alberto.

—Dice que sí, Jesús.

—Bueno, cosas de mujeres, no te preocupes. Escribirá poesías o algo romántico. En cuatro días se aburrirá de contar romances en países exóticos, que son los que les gustaría vivir a todas. Tú déjala, que así desfoga, Alberto. Ojalá a la mía le diese por algo parecido. Ahora, la última afición es operarse. Se opera de todo. Un desastre económico, pero no puedo hacer nada. Me gustaría que fuese una huérfana arruinada, que tuviese que acudir a mí hasta para comprar el pan, que me suplicase dinero para el pan... Anteayer me rompió un cuadro en la cabeza. De los buenos, no te creas que una mierda de cuadro, uno del siglo XVIII que me regaló mi abuelo. Va y me rompe un cuadro de los buenos en la cabeza. Yo no le devolví el golpe, si lo hago, es capaz de denunciarme. Me fui a una casa de ya sabes... Una de las finas, ya sabes...

—No, Jesús, no sé...

—Fulanas, una casa muy fina de fulanas que han abierto hace poco. ¡Anda que no lo vas a saber!

Alberto Mendoza del Toro resopló antes de responder.

—No lo sé, Jesús, te he dicho que no lo sé y si te digo que no lo sé, ¿es que no lo sé!

—Estás alterado por lo de Sofía, ya te he dicho que se le pasará. Tú tranquilo, Bertí. De los romanticismos, se cansa uno pronto, que te lo digo yo...

Alberto Mendoza encendió un cigarrillo, miró hacia una sombrilla cercana y sonrió. Una mujer morena, de pelo y piel, una explosión racial de hembra, le devolvió la sonrisa y le hizo

un gesto con la mano. Volvió a sonreír y en la lejanía escuchó cómo Jesús Pudientes repetía una y mil veces que Sofía dejaría de escribir en cuanto se diese cuenta de que no ganaría ni un duro. Mientras se levantaba de la silla, disparó a bocajarro sobre Jesús. Alberto Mendoza rayaba en la crueldad. Él lo ignoraba, pero rayaba en la crueldad. Refinada o brutal, según fuese el caso.

—No estés tan seguro. Dice mi cuñada que cuenta nuestra vida, la de todos. Seguro que alguna anormal de éstas la compra, Jesús. Unos cuantos va a vender. Dicen, quienes lo han leído, que nos retrata a todos. Venderá, ya verás como venderá... A mí, por supuesto, me da igual que venda o no: de eso no va a comer.

Alberto Mendoza del Toro era un punto y aparte. Posiblemente, el más peligroso de todo el círculo. En líneas anteriores, los jóvenes de la historia emplearon la palabra autismo de forma inexacta. El único autista de este cuento era Mendoza del Toro. Dicen que quienes padecen esta patología son personas que viven aisladas, que carecen de interés por lo que no sea su mundo interior. Cuando el autismo no es una patología claramente definida en un sujeto, cuando es su forma de vivir sin padecerla, se manifiesta otra patología de cuadro severo para quienes viven cerca del enfermo: el cabronismo encubierto. Mal de difícil curación, puesto que el sujeto no lo admite y todo lo que se salga de su norma se convierte en insano a sus ojos y hace todo lo posible para destruirlo. El cabronismo encubierto tiene otra particularidad: sus síntomas físicos se dejan sentir en otros cuerpos, en cuerpos ajenos. Los tejidos de los seres más cercanos se destruyen poco a poco. La necrosis se extiende por los cuerpos próximos al enfermo de cabronismo encubierto y, mientras él propaga los síntomas, su organismo no sufre.

Una vez descargado el revólver sobre Jesús Pudientes, Alberto caminó al encuentro de la mujer morena, tipo la de la copla, se saludaron y, como si hablasen del tiempo, fueron

adentrándose en el mar. De paso, quedaban a una hora determinada de la tarde, en un lugar determinado. Todo el mundo conocía el lugar, todo el mundo sabía la hora: la de la siesta. Pero todo el mundo temía a la verdad.

Porque, en la verdad ajena, puede conocerse la propia y eso da miedo. Exactamente: acojona.

Jesús Pudientes se encontró hablando solo y musitando que estaba perdido si alguien contaba sus actividades lúdicas fuera de las horas familiares. Cualquier guerra sería una pijada al lado de sus visitas a la casa de putas cada vez que se enfadaba con Alicia. Estaba muerto. Si la maldita Sofía escribía un diario, él estaba muerto... Realmente, jamás se había acostado con ninguna de las mujeres, nunca lo había hecho, pero Alicia no lo entendería: las brasileñas lo hacían feliz con sólo tratarlo bien, con darle la razón en todo. Con una botella de champán, se daban por contentas. Ni le cobraban, el dueño era un amigo.

Jesús Pudientes se preocupaba más por su suerte que por la de las infelices del burdel, eso no era cosa suya y, a su entender, el negocio era respetable, ellas estaban allí porque querían.

El secuestro, la extorsión, la mala vida, el hambre en sus países de origen no entraban en sus cálculos. Así que otro punto del círculo aparece en la historia: las putas. Putas y alta sociedad, un clásico en toda novela que se precie. Nótese que ellas serían putas, pero el señor Pudientes un perfecto gilipollas.

En la vida real, no falta de nada...

Se bañaron todos juntos, nadaron todos juntos y caminaron todos juntos hasta volver a configurar la circunferencia.

En ese momento, un nuevo punto apareció en el horizonte. Un punto de conflicto, de fricción... Y puedo asegurarles que lo de fricción, nunca mejor escrito. Sexo, puro sexo y pasión desatada.

Piénsese en la cinemática, dinámica, estática, la gravedad y el peso. La aceleración de un cuerpo es directamente propor-

cional a la fuerza exterior resultante que actúa sobre el cuerpo y tiene la misma dirección y sentido que dicha fuerza.

En física, g de gravedad, la fuerza de gravedad, está dirigida siempre hacia el suelo, comprenderán ustedes la clarísima relación entre todo esto y el famoso punto G , que nadie sabe a ciencia cierta dónde se encuentra, pero del que todo el mundo habla y dice buscar desesperadamente. Se busca con desespero algo, lo que sea, para no pensar en el motivo de la desazón que nos ataca. Para no caer en la desesperanza.

Todo es sexo, todo. Sexo y fricciones, bien lo sabía Newton. Él seguro que hablaba de esto mismo, pero disimuló con la manzana, clarísima metáfora de más sexo. Y los físicos pueden opinar lo que quieran, pero, aunque ellos no lo sepan, al final, sólo quieren sexo.